

FRANCISCO VICENTE AGUILERA

Por Alberto Plochet.

Hay nombres, que la admiración y el fervor patriótico obligan a pronunciarlos de rodillas, con los brazos abiertos y mirando al cielo.

Hay nombres, verdaderamente apocalípticos, verdaderamente apoteósicos, que compendian la revelación de una epopeya de luz que se avecina, del descubrimiento de un episodio trascendental que está por llegar, y que por lo tanto, son consagrados y elevados a la categoría de supremas deidades, ante cuyas plantas, ante cuyos altares, iluminados por las llamas de las urnas votivas que nuestra devoción y nuestra adoración mantienen eternamente encendidas, ofrendamos, con la unción de fanáticos creyentes, nuestros juramentos más sagrados, nuestra más reverente lealtad y nuestro más profundo agradecimiento.

Hay nombres, como el de Francisco Vicente Aguilera, que son principio y fin de la materialización de un ideal, de la consecución de un empeño redentor y humanitario.

El nombre de Francisco Vicente Aguilera, evoca, con repercusiones vibrantes, con estallidos sonoros, aquel período de transición, aquel período de violenta metamorfosis que sufrieron los cubanos, cuando, con sin igual denueveo rasgaron el velo que oscurecía la senda de su libertad; cuando cambiaron, súbita y gallardamente, su triste condición de humildes colonos, de vergonzosos vasallos para convertirse en airados y furibundos descontentos, para proclamar su inconformidad con bélicos arrebatos, para trocar su bochornosa e inaguantable servidumbre, por una vida honrosa y acreedora del respeto y admiración universal.

Todo lo acontecido no empuja, para que hurgando las recorditeces de nuestra historia, ésta, nos demuestre de manera fehaciente e inconcusa que Aguilera fué el prolegómeno de aquella gesta emancipadora, de aquel reto sublime e inolvidable que los cubanos lanzaron, atrevidamente, a sus opresores, que fué el protagonista de aquel osado descontento, el progenitor y mantenedor de aquel brote de inconformidad y de rebeldía, que culminó, años después, con la ansiada desaparición de nuestro suelo, del tirano que nos humillaba.

Y tanto es así, que nuestra muy sabia y docta Academia de la Historia de Cuba, dándose cuenta de la inmensa responsabilidad histórica que sobre ella recae, y cansada ya de los retazos de historia patria que el vendaval de los tiempos ha convertido en inservible hojarasca; cansada ya de las leyendas que los eruditos oficiosos han dejado trazadas en papeles más o menos auténticos, más o menos apócrifos; cansada ya de las inexactitudes de la comadrería pueblerina, del folklorismo que magnifica o empequeñece los hechos, y cansada ya de los ana cronismos e inverosimilitudes que las pasiones han tejido alrededor de la conspiración del 68, nombró, y muy acertadamente por cierto, al ilustre y preclaro libertador y académico, Gerardo Castellanos, de pura cepa cubana, hombre sin mancilla ni preocupaciones antagónicas o tendenciosas, para que, de una vez y para siempre, quedase depurada, históricamente, el génesis de la conspiración libertaria del 68.

Yo gocé el supremo bien, la inmensa dicha de conocer a Francisco Vicente Aguilera, y por cierto, en momentos que



exteriorizaba uno de aquellos rasgos geniales, uno de aquellos gestos patrióticos que lo inmortalizaron, y empequeñecía al grupo de cubanos, discolos, que contrariaban su diáfana y honrada administración de los dineros de Cuba a él confiados, y lo hacía merecedor del título de "el primer cubano" con que lo consagró la ciudad de Nueva York, como justo premio de su acrisolada honradez, como blasón que ningún cubano lució en el extranjero.

Lo ví por primera vez, subiéndolo, cansado, penosamente, las escaleras de una tabaquería. Detrás de él subía también un tabaquero llamado Justo Butrón, y yo a la zaga de éste; pudiendo oír cómo Butrón lo regañaba cariñosamente porque llevaba puestos unos pantalones que lucían en los fondillos sendos parches de variados colores. Al llegar al primer pasillo, Butrón lo detuvo y extrajo de su cartera un billete de diez pesos, diciéndole: "Tome viejo, cómprese un par de pantalones en cuanto salga de aquí, los que lleva puestos desdican mucho de la integridad de los cubanos".

Una vez en la "galera" donde trabajaban más de doscientos tabaqueros, se procedió a correr una suscripción para la patria. Aguilera estaba parado detrás de la mesa en que tocaba Butrón, y cuando la comisión que hacía la suscripción llegó junto a él, hablando bien bajito para que Butrón no lo oyera, extendió el billete de diez pesos diciendo: "Apunten a "un cubano" con diez pesos.

El hombre que acababa de realizar ese gesto de abnegación, de sublime desprendimiento, de generosidad sin par; el hombre que paseaba por las calles de Nueva York unos pantalones con los fondillos remendados, había sido un millonario, y se puede decir sin temor a caer en una grosera exageración que había

sido el hombre más rico de Cuba. El hombre a quien un humilde tabaquero habíale dado diez pesos para que se comprase un par de pantalones había sido el terrateniente más poderoso de la provincia oriental. Sus ingenios se esparcían a través de toda la vasta comarca que se extiende entre Bayamo y Manzanillo; su dotación de esclavos era incalculable, tanto así, que cuando a sus oídos llegó la noticia que en la célebre sesión del Ayuntamiento de Bayamo, hubo algunos que se mostraron renuentes a darle la libertad a los esclavos, Aguilera exclamó: "De qué se quejan, yo, en esclavos solamente, pierdo más de millón y medio de pesos". Un pariente cercano de Aguilera, se ha detenido en hacer números, y le calculó a Aguilera un capital de seis millones de pesos a raíz del levantamiento de "La Demajagua".

La magnanimidad, el altruismo de este hombre no tiene paralelo, deja chiquitos los empeños de todos los demás abolicionistas y anti-esclavistas que gozaron justa fama universal. En medio del tráfigo de la conspiración revolucionaria, llega a su noticia que Rafael Morales, el sublime habanero, conocido en los anales de la revolución del 68 con el cariñoso nombre de "Moralitos" compraba las barrigas de las esclavas anticipadamente, antes del alumbramiento, para que su prole naciera libre. Aguilera no pierde tiempo, pone en acción lo que "Moralitos" realizaba en la Habana, y fueron muchos los hijos de esclavas que al abandonar el claustro materno ya traían en las manos su carta de libertad, ya eran libres. Este genial, altruismo empeño le gana la antipatía y el resquemor de los esclavistas, y más aún, la del gobierno colonial, que no miraba con buenos ojos aquel gesto humanitario, y que lo

apreciaba como el prólogo de la obra emancipadora que fraguaba Aguilera.

La mente se pierde en un dédalo de conjeturas y de confusas divagaciones. La mente se turba, porque no puede concebir, porque no puede anidar en sus mentirosas recondiciones el sacrificio insólito consumado por Aguilera. Su desprendimiento no tiene paralelo en Cuba, es único, es exclusivo, porque en Cuba no había un cubano más rico que él, y si lo había, no abrió sus arcas completamente, como lo hizo Aguilera, para arrojar su dinero en la hoguera de la revolución.

Hay dos pasiones que gobiernan al hombre; hay dos pasiones que son guía y norte del hombre: el dinero y la mujer; y cuando un hombre sacrifica en holocausto de su ideal una de estas dos pasiones, o ambas a la vez, entonces tenemos que convenir que ese hombre se ha singularizado entre los demás hombres.

En el caso de Aguilera, vemos, cómo menosprecia su inmenso caudal; vemos, cómo no lo quebranta ni aterra la pérdida de sus millones; con equanimidad asombrosa, con una indiferencia glacial, arroja el guantelete de desafío al enemigo secular de su patria seguro de que éste confiscará todos sus bienes, de que se apoderará, arbitrariamente, de lo que constituye su patrimonio; pero nada lo arredra, nada lo detiene, y después de perderlo todo, después de ver

desaparecer lo que para él significaba su ventura, su bienestar, es uno de los primeros en aplicar la tea incendiaria a su mansión ancestral; y cuando ve que todo arde, cuando se cerciora de que las crepitantes llamas lo han devorado todo, que el fuego ha consumido los legajos que valorizan su inmensa fortuna, agarra a su familia, e iluminado por las voraces llamas que consumen a Bayamo, la esconde en la inclemente manigua; y después... después empuña el machete redentor, y con denuesto y bazarria sin igual avanza sobre el que le niega la libertad del suelo en que nació.

Yo fui a su entierro, o mejor dicho: me llevaron. Imborrable perdurará en mi memoria, aquel día aciago en que sepultaron a Pancho Aguilera, y junto con él, la ventura de Cuba; porque hay que recordar que un año después de su muerte, se apagó en "El Zanjón" la tea revolucionaria, a pesar del sacro fuego que ardió en "Baraguá", como si le faltase el soplo de la divinidad.

Todavía repercute en mis sienes el ronco golpe de la fatídica losa que tapó el nicho que escondiera, y para siempre, el cuerpo inanimado del insigne bayamés, y aun hieren mis oídos los suspiros ahogados y sollozos mal contenidos que lanzaban los inconsolables



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

4

0000215

circunstancias y dolientes ante tan cruel desaparición.

Ese día fué para mí, día de violentas y grandes transiciones; día de comprensión, de luz, a pecar del luto que ente-

nebrece mi alma. Lloré junto a una bóveda, contagiado por el dolor que a todos embargaba, pero aun siento como se precipitó la sangre en mi corazón de niño, de niño cubano, cubanísimo, cuando durante las primeras horas de la mañana, contemplé por primera vez la bandera de mi patria, flotando al aire, a media asta, y ¡maravillense cubanos! nada menos que en el mástil principal de la Casa Ayuntamiento (City Hall) de la ciudad de Nueva York, junto a las enseñas de Washington y la del estado de Nueva York, ambas a media asta también.

Aguilera llegó a Nueva York en el año 1871, precedido de la justa fama, de la merecida apreciación de no ser solamente uno de los primeros agitadores de la rebelión armada del 68, sino de ser también el máximo abolicionista, el más destacado anti-esclavista de su patria; y como aun chirriaban las cadenas que había roto Abraham Lincoln, y todavía no se habían desbandado los grandes centros anti-esclavistas del Norte, el prócer cubano fué objeto de una calurosa acogida, de un grandioso recibimiento por parte de particulares y autoridades, tanto municipales como estatales y federales, siendo declarado oficialmente, huésped de honor de la ciudad de Nueva York, acordando los conceja-

les en sesión solemne, entregale la llave de la ciudad, hiciera ésta, que hasta entonces, solamente había sido concedida a Lafayette y a Kosciusko.

Desde la fecha antes citada hasta el 22 de febrero de 1877, día en que murió, no hubo tregua ni descanso para ese cubano singular; su tenacidad, inquebrantable fe en el triunfo de su causa, le ganaron en los Estados Unidos de Norte América el título de "el campeón de los conspiradores" (champion conspirator) y tanto así que Carlos A. Dana, editor-propietario del periódico neoyorkino "The Sun" dijo en un editorial: "que la propaganda revolucionaria repara-tista llevada a cabo por Aguilera en los Estados Unidos y Europa superaba la labor realizada por Benjamín Franklin en Francia; en primer lugar, porque Francia estaba en guerra con Inglaterra, por cuyo motivo le fué fácil llevarse a Lafayette; y después, porque Franklin no encontró en París americanos que lo obstaculizaran, mientras que Aguilera tuvo primeramente que vencer la hostilidad de sus paisanos para después burlar las acechanzas y estratagemas del enemigo".

Efectivamente, Aguilera, más que víctima de su modestia, fué un juguete del destino; con él retozó la fatalidad a su antojo, y además, tuvo la inmensa desdicha de saborear, día a día, la hiel de la ingratitude; porque, jamás pudo regocijarse, ni en un solo instante, con un gesto de bondad, ni con el más leve asomo de



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

agradecimiento, de sincero reconocimiento por parte de aquellos a quienes había encumbrado con sus sacrificios, con su estupenda labor, y que indiscutiblemente le debían la gloria que los aureolaba.

Los españoles supieron reconocer el mérito de Pancho Aguilera, mejor que sus paisanos, pues el mote de "panchitos" que daban a los cubanos, provenía de su nombre, dando a entender así, que un "panchito" era un rebelde, el símbolo de la cubanidad, un revolucionario, un mambí; y se dió el caso de que aun en la misma guerra del 95 los soldados españoles se acordaban de que los cubanos eran "panchitos", pues fueron muchas las veces que nos gritaron: "Panchitos enseñen los morros!"

De Cuba, Aguilera salió materialmente acosado, porque aquellos que envidiaban su sólido y bien conquistado valor histórico, lograron convencerlo de que su presencia en el extranjero era necesaria, y ya en Nueva York, su actuación honrada y patriótica bien pronto le proporcionó nuevos sinsabores y mayores inquietudes.

Cuando se hizo cargo de la Junta Revolucionaria, exigió responsabilidades, fiscalizó estrecha y minuciosamente el tesoro de la misma, y suprimió de un solo plumazo las prebendas y pensiones de que disfrutaban algunos zánganos que vivían y lucraban a la sombra de la patria, con-

quistándose consiguientemente la malquerencia y resquemores de los perjudicados, que no cesaron, ni un instante en hostilizarlo y hasta obstaculizar la urdimbre de la vasta conspiración revolucionaria, para detrimento de la patria irredenta.

Esto fué lo que mató al pobre Aguilera, pudo muy bien haber combatido la afección orgánica que lo aquejaba, pues apenas tenía 55 años de edad cuando murió; pero los embates de alevosas persecuciones, los escritos de injurias y aviesas plumas minaron su existencia, acabaron con él, y exhaló su último suspiro con el corazón destrozado por el plomo de la ingratitud.

Yo lo recuerdo, lo recuerdo muy bien. Era alto, enteco, una gran cabeza, de pómulos salientes, color cetrino, y recuerdo muy mucho su barba patriarcal, y sobre todo, que cuando andaba apoyaba el mentón sobre su pecho; meditabundo, encorvado, como si llevara a cuestas todas las desventuras de su patria esclavizada, de su Cuba idolatrada.

Los americanos, desde el Presidente de la nación hasta el último de los ciudadanos testimoniaron su dolorosa odisea, esa batalla en contra de su triste destino, esa justa del martirio y la fatalidad, y lo premiaron con el codiciao bien de privilegios inusitados y con una distinción rayana en idolatría.

Aguilera murió en una humilde casa situada al oeste de la calle 30, precisamente en la noche del día en que los americanos celebraban el natalicio de Washington, y dos días después, sus restos fueron trasladados en una carroza fúnebre para la Casa Ayuntamiento, y expuesto en capilla ardiente en la "Sala de los Gobernadores", haciéndole honras de honor distinguidas per-

0000217

sonalidades cubanas y americanas y gran número de tabaqueros cubanos, desfilando ante el cadáver millares de admiradores y amigos durante las veinticuatro horas que estuvo en el City Hall o Casa Ayuntamiento, cuya fachada principal lucía enlutada con largas y anchas franjas de tela negra, y en el mástil de honor el pabellón cubano a media asta.

A la mañana siguiente los restos de Aguilera fueron conducidos en una carroza a la iglesia de San Francisco Javier, situada en la calle 16 y Quinta Avenida, donde se celebró una solemne misa de "réquiem". A la salida de la Iglesia los negros cubanos materialmente se fajaron con los que portaban el sarcófago en hombros, se lo arrebataron, y al hombro también lo condujeron hasta el cementerio de "Marble", situado en la Segunda Avenida, entre las calles Segunda y Tercera, siguiendo el féretro, una inmensa columna de mármol, a cuya cabeza iba un pelotón del Cuerpo de la Policía Municipal; destacándose un gran pendón, con la figura del escudo cubano, y en cuyo fondo azul realzado por grandes letras doradas, se leía: "Francisco Vicente Aguilera.— El Primer Abolicionista de América".

El entierro de Aguilera ofreció rasgos sorprendentes y sensationales. En primer lugar, su cadáver fué el primero que se expuso en capilla ardiente en la Casa Ayuntamiento de la ciudad de Nueva York, y después, porque se vulneraron las Ordenanzas Sanitarias, conducido el cadáver en un sarcófago, a pie, por las calles más céntricas de la ciudad; y por último, por haberle dado sepultura en un cementerio que hacía años estaba clausurado.

Así fué cómo murió y cómo enterraron a Pancho Aguilera, el conspirador que tejió la vasta red revolucionaria separatista del 68 en la provincia oriental, y al que nutrió la década sangrienta con la savia fecunda de su propia existencia; así, humilde, tristemente, murió y enterraron al abolicionista ejemplar, que prodigó sus millones, su patrimonio todo, librando a más de mil quinientos seres humanos de un cautiverio cruel e infamante, y que jamás compró ni vendió a un esclavo.

Y ahora, para terminar, cabe preguntar si nos cegó el fanatismo o cometimos algún error al proclamar, y muy alto, que el nombre de Francisco Vicente Aguilera, debe, forzosamente pronunciarse, de rodillas, con los brazos abiertos y mirando al cielo.

MARZO 2 DE 1941

*M. May 2/41*

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA